
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

- | | | |
|---------------------------|-----------|---|
| | 3 | Ser Cristianos Hoy |
| <i>Rino Fisichella</i> | 5 | El escándalo de la presencia cristiana |
| <i>Jörg Splett</i> | 17 | Los cristianos después de la
Modernidad y de las objeciones
Postmodernas a su Dios |
| <i>Adrienne von Speyr</i> | 43 | La santidad en la vida de cada día |
| <i>Godfried Danneels</i> | 55 | La liturgia cuarenta años después
del Concilio Vaticano II |
| <i>Joseph Ratzinger</i> | 79 | Las Catorce Encíclicas de Juan Pablo II |
| <i>Florian Pitschl</i> | 89 | El ser como semejanza de Dios |

LA LITURGIA CUARENTA AÑOS DESPUÉS DEL CONCILIO VATICANO II*

Cardenal Godfried Danneels¹

1. Una gran rueda

Debe ser difícil, para quien no hizo la experiencia por sí mismo, imaginar hasta qué punto la práctica litúrgica pudo cambiar en menos de medio siglo. La evolución que se produjo en el curso de los últimos treinta años, apenas es perceptible hoy día, de tal manera el nuevo modelo litúrgico se muestra evidente, prácticamente, en todos lados. Esta situación tiene algo de gratificante, sin duda, pero ¿hay que concluir, por eso, que las intenciones profundas de la *Sacrosanctum Concilium* se hicieron realidad? Este puede ser el momento para hacer una evaluación.

Es evidente que, en liturgia, el último medio siglo trajo consigo un gran cambio en las relaciones entre el ministro y la asamblea. Este cambio, sin embargo, no se dio sin influenciar nuestra comprensión de las relaciones entre lo sagrado y lo profano e, incluso, entre la Iglesia y el mundo. La situación podría resumirse de la siguiente manera: antes de la reforma litúrgica, la distancia entre el ministro y el pueblo estaba claramente señalada. Incluso encontraba una expresión material en la concepción de los lugares de culto: el coro en cuanto espacio distinto reservado al sacerdote; el altar orientado hacia el Este; el comulgato-

¹ Godfried Danneels nació el 4 de junio de 1933 en Kanegem, diócesis de Brujas, Bélgica. Realizó estudios en la Universidad Católica de Lovaina y en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, doctorándose en teología. Fue ordenado presbítero en 1957. Ingresó en el Orden episcopal en 1977, ocupando la diócesis de Amberes. En 1979 fue promovido a la sede metropolitana de Malinas-Bruselas, sede que ocupa en la actualidad. En el Consistorio del 2 de febrero de 1983 fue creado cardenal presbítero con el título de Santa Anastasia. Escribió varias obras de teología (*Nota del Traductor*).

rio que separaba al sacerdote de la asamblea. Más discutible aun que la arquitectura del templo, era el carácter paralelo de la celebración. Nada raro era ver al sacerdote celebrar la liturgia oficial mientras que, al mismo tiempo, el pueblo se entregaba a sus devociones personales. El uso del latín jugaba, evidentemente, un rol importante en este paralelismo.

Todo esto hacía que la liturgia fuera mirada como algo intangible: algo reglamentado por las rúbricas, que debía ser ejecutado en la obediencia y con el mayor de los respetos. La liturgia era algo que estaba fuera de discusión y el buen liturgista era visto, ante todo, como un fiel ejecutor. Por supuesto que el pueblo asistía, pero prácticamente no ejercía ningún rol en la liturgia propiamente dicha.

2. La participación activa

El movimiento litúrgico, que en Bélgica nació en 1909, tuvo como finalidad, desde su comienzo, llenar el vacío entre la liturgia oficial del sacerdote y la del pueblo. La expresión "participación activa", nacida de este movimiento, está hoy en el lenguaje común. En la Constitución del Vaticano II sobre la liturgia juega un rol clave. Al comienzo, la participación activa estuvo favorecida por la difusión de los misales populares que contenían la liturgia dominical; los fieles, al menos, podían seguir la celebración. Pero muy pronto se quiso hacer algo más que seguir simplemente con un libro. La gente deseaba participar y entrar en el juego. El Vaticano II respondió a este deseo introduciendo el uso de la lengua vernácula, simplificando la simbología litúrgica a fin de hacerla más transparente, volviendo a la práctica de la Iglesia primitiva, desembarazándose de los agregados que ocultaban lo esencial y redistribuyendo, correctamente, los roles en el servicio litúrgico. Todo esto tuvo por resultado una mayor participación del pueblo en el corazón mismo de la liturgia.

3. Del rubricismo a la manipulación

La participación activa de la asamblea en la liturgia es, evidentemente, un don incomparable del Concilio Vaticano II al Pueblo de Dios. Pero, como en toda reforma digna de ese nombre, en el cuadro hay una sombra. La participación activa en la liturgia, el hecho de prepararla todos juntos, el deseo de acercarse lo más posible a la cultura y a la sensibilidad de los fieles, pueden conducir imperceptiblemente a una suerte de apropiación de la liturgia. La participación y la celebración conjunta pueden conducir a una forma sutil de manipulación. En este caso, la liturgia no ya solamente pierde el lastre de su carácter intangible —lo que en sí mismo no es malo—, sino que se convierte, en cierto sentido, en propiedad de quienes la celebran, en un dominio dejado a su “creatividad”. Quienes están al servicio de la liturgia —sacerdotes y laicos— se convierten en “propietarios”. En algunos casos, esto puede llevar, incluso, a una suerte de golpe de timón litúrgico que elimina lo sagrado, torna banal el lenguaje y transforma el culto en una suerte de acontecimiento social. Resumiendo, el verdadero sujeto de la liturgia ya no es Cristo quien, por el Espíritu, rinde homenaje al Padre y santifica a la Asamblea por medio de un gesto simbólico. El verdadero sujeto viene a ser la persona humana o la comunidad que celebra. El acento exagerado que se puso antes de los años cincuenta sobre la disciplina, la obediencia, la fidelidad a las rúbricas, la recepción y la entrada en una entidad preexistente, deja su lugar a la decisión personal y al desalojo del sentido del misterio en la liturgia. Cuando esto se produce, la liturgia ya no es más *leitourgía*, es decir, la obra del pueblo y para el pueblo que hace a su relación con Dios; se convirtió en una obra puramente humana.

Felizmente, la tendencia que acabamos de evocar, no es universal. Pero, cualquier intento de evaluación de la práctica litúrgica en nuestra época, debe tenerla en cuenta.

4. La liturgia nos rebasa

En liturgia hay un principio básico según el cual la liturgia es, ante todo, “el trabajo de Dios en nosotros” antes de

ser nuestro trabajo en Dios. La liturgia es, en su misma esencia, un datum, un don. Nos sobrepasa y existe desde hace mucho tiempo, desde mucho antes de que nosotros pudiéramos participar en ella. El sujeto activo de la liturgia es Cristo resucitado. Él es el primero y el único Sumo Sacerdote, el único que es capaz de ofrecer el culto a Dios y de santificar a la asamblea. No se trata aquí solamente de una verdad teológica abstracta; esto debe hacerse evidente y visible en la liturgia. El corazón de la liturgia ya nos fue dado en los gestos de la institución, puestos por el Señor. Esto no quiere decir que tanto la persona como la comunidad que celebra nunca tengan el poder o la autorización de hacer un llamado a su creatividad. La comunidad es creadora pero no es una “instancia de creación”. De ser así, la liturgia no sería ya la epifanía de los misterios de Cristo a través del servicio de la Iglesia; no sería ya la continuación de su encarnación, de su crucifixión y de su resurrección, es decir, la “encarnación” de un proyecto divino, en la historia y en el mundo de las personas humanas por medio de símbolos sagrados. En esa situación, la liturgia no sería más que una auto-celebración de la comunidad.

La liturgia “preexiste”. La comunidad que celebra entra en ella como en una arquitectura preestablecida, divina y espiritual. En cierta medida, esto también está determinado por el lugar de Cristo y de sus santos misterios en la historia. La Eucaristía no es en sí misma una “comida sagrada” sino, más bien, la actualización de una comida particular: la que Cristo comió con sus discípulos la víspera del día en que murió. En este sentido, la liturgia no puede nunca convertirse en una lenta digestión de la comunidad celebrante. No somos creadores; somos los servidores y los guardianes de los misterios. No somos ni sus propietarios ni sus autores.

5. La actitud fundamental del *homo liturgicus*

La actitud fundamental del *homo liturgicus* –personal y colectivamente–, supone la receptividad, la escucha, el don de sí y la capacidad de sentirse como algo relativo. El sentido que existe en el “entrar en aquello que nos sobrepasa” se encontró dismi-

nuido –y se encuentra así, tal vez, aun hoy–, porque una caricatura de esta actitud de obediencia pudo conducir, en el pasado, a una domesticación y a un rubricismo serviles y absurdos.

El *homo liturgicus* no manipula y el gesto que pone él -o ella-, no se reduce a una expresión de sí mismo o a una apertura personal. Es una actitud de orientación hacia Dios, de escucha, de obediencia, de acogida agradecida, de admiración, de adoración y de alabanza. Es una actitud que consiste en escuchar y ver; es eso que Guardini llamaba “contemplar”, una actitud desconocida por el *homo faber*, y por muchos de nosotros.

Brevemente, la actitud fundamental del *homo liturgicus* no es otra que una actitud de oración, de ofrenda de nosotros mismos a Dios, a fin de permitir que su voluntad se cumpla en nosotros.

No debería sorprendernos que, en una época como la nuestra, que interviene activamente en la realidad cotidiana y que somete esta realidad a nuestro pensamiento científico y a nuestra experticia tecnológica, sea particularmente difícil tener una actitud auténticamente litúrgica. La dimensión “contemplativa” de la persona humana ya no es evidente hoy día. Y, en estas condiciones, el núcleo de la liturgia es aun menos evidente.

La participación activa debe ser, pues, reubicada en esta actitud “contemplativa” y tener, en consecuencia, sus características específicas.

6. El carácter incomprensible de la liturgia

Una de las primeras preocupaciones del Vaticano II fue –y sigue siéndolo de la Iglesia–, que la liturgia sea comprendida por la comunidad que la celebra. Cada una de las reformas propuestas por la Constitución brota de esta preocupación. “Comprender lo que se hace” es una exigencia fundamental de todo lo que hacemos, también de lo que hacemos en la liturgia.

El carácter incomprensible de la liturgia fue achacado, de entrada, al idioma utilizado. Pero, desde que se introdujo la lengua vernácula, quedó bien en claro que el empleo de tal o cual lengua no era la única causa; el contenido mismo de la liturgia

era también poco familiar. La liturgia, ciertamente, está construida casi toda sobre la Biblia. Se dice que la Biblia hebrea, el Antiguo Testamento, nos es particularmente poco familiar. Todo se desarrolla allí en un contexto agrario que ya no existe en muchas regiones del mundo. Al mismo tiempo, los textos bíblicos tienen su raíz en una cultura rural y en una cultura mediterránea muy particular. Muchas de sus imágenes –los pastores, los rebaños, los pozos de agua– ya no forman parte del paisaje cotidiano del ciudadano contemporáneo. Dicho de otra manera, la Biblia utiliza un lenguaje que pertenece a una época ya pasada.

Los textos no bíblicos de la liturgia son, ellos también, algo extraños. Las oraciones “colectas” latinas, con su formulación concisa y su métrica estructurada, son simplemente imposibles de traducir; no porque sus palabras no puedan ser trasladadas a una lengua moderna, sino porque han desaparecido la mentalidad y la cultura en las cuales nacieron. Por otra parte, un gran número de textos, una vez desprendidos de su contexto musical, dan la impresión de ser extremadamente arcaicos. Piensen, por ejemplo en la *Salve Regina* o en el *Dies Iræ* o, incluso, en los Introitos y en las antífonas de la comunión del canto gregoriano, sin hablar de la imagen arcaica de Dios que prevalece en estos textos (el Dios que duerme, el Dios de cólera, etc.).

Algunos símbolos –aun siendo secundarios– no parecen funcionar más: la gota de agua en el cáliz, el hecho de mezclar en el vino una partícula de la hostia, el lavabo, el lavatorio de los pies. Con frecuencia se escucha decir que están “pasados de moda”, “sobrepasados”, que son “medievales” y “monásticos”.

7. ¿Abreviar o eliminar?

La gente opta, con frecuencia, por soluciones a corto plazo que no hacen sino rozar el verdadero problema. En el caso de la liturgia, ciertos términos han sido reemplazados por algunos más fáciles de comprender. Sin embargo, existen términos bíblicos que no se sabe cómo reemplazarlos. ¿Qué hacer, por ejemplo, con términos tales como “resurrección”, “Pascua”, “Eucaristía”, “*metanoia*”, “pecado”? Forman parte de una suerte de “lengua

materna” bíblica y litúrgica que no puede ser reemplazada así nomás. Es difícil imaginar a un judío que emplee un término diferente para el *shabbat* o para el *pesach*.

Algunas imágenes bíblicas son, efectivamente, difíciles de aprehender en nuestra cultura urbana contemporánea. Uno no se encuentra todos los días con pastores y rebaños. ¿Se sigue de ello que tales imágenes no son comprensibles en sí mismas? ¿Acaso porque nadie vio nunca a un serafín, el poder metafórico de este mensajero angélico ya no nos habla? La mitad de toda la poesía que se escribió en la historia de la humanidad, utiliza imágenes y términos que no pertenecen a la experiencia y al medio ambiente cotidiano del lector. El Pontifical Romano ha tomado varios símbolos de la cultura alemana de la Edad media.

La gente, a veces, prefiere reemplazar los textos litúrgicos por otros, poéticos, particularmente en los matrimonios y en los bautismos. Independientemente de que existe una profunda diferencia teológica entre un texto estéticamente valedero y un texto bíblico, es preciso decir que muchos de estos textos pertenecen a una cultura todavía más limitada que la de la Biblia, cultura ésta que da la impresión de poseer un carácter más universal.

En la mayoría de los casos, el remedio empleado no ayuda para nada. La mayor parte del tiempo, todo gira alrededor de cuestiones tales como: “¿qué se puede dejar?”, “¿cómo se podría abreviar?”, “¿qué funcionaría mejor para expresar lo que pasa en nuestra vida personal y comunitaria?”. Pero esta última pregunta, ¿se justifica? Y, de entrada, ¿qué es lo que tenemos que decir, lo que pasa en nuestra vida o lo que Dios tiene para decirnos aunque, ciertamente, de una manera que podamos comprender?

Parecería que no hay sino una sola solución. Si la liturgia no es simplemente una forma de religiosidad humana común, sino más bien la manifestación de Dios en la historia de la humanidad (de Abraham a Cristo), entonces no podemos evadirnos de la necesidad de una catequesis y de una iniciación. La liturgia exige una formación porque es una proclamación y, a la vez, una celebración de misterios, misterios que se produjeron en la historia del judaísmo y del cristianismo.

8. ¿Qué es lo que hay que comprender?

¿Qué es, precisamente, lo que hay que comprender? Es evidente que si la liturgia es la epifanía del intercambio entre Dios y su Iglesia, la médula más profunda de la liturgia nunca nos será perfectamente accesible. En efecto, existe un núcleo duro en la liturgia –el misterio–, que es inasible. No se puede entrar allí sino mediante la fe.

Pero todavía hay que subrayar otra cosa respecto de la comprensión. Nuestros contemporáneos, con frecuencia, conciben la comprensión como la capacidad de captar de entrada. Algo es comprensible si podemos pescarlo de inmediato. Una tal aproximación vale, sí, para los objetos ordinarios del conocimiento –que no pueden ser captados sino en un nivel puramente cognitivo– pero, en ese caso, se trata más bien de un registro que de una comprensión. Desde el momento en que se abordan las profundidades de la realidad humana –y la divina–, este acercamiento no funciona. El amor, la muerte, la alegría, la solidaridad, el conocimiento de Dios: estas realidades no pueden ser captadas de un golpe y a primera vista. En este caso la comprensión corresponde más bien a la noción bíblica de “conocimiento-penetración”. Es un proceso de amansamiento a una realidad particular, largo y progresivo. Lo mismo vale para la liturgia. La liturgia no es un objeto de conocimiento en el sentido común del término. Tampoco es, por otra parte, absolutamente, un objeto de conocimiento; la liturgia es más bien una fuente de conocimiento, una fuente de comprensión. Por eso el análisis queda aquí desplazado; sólo le es propio una escucha y una familiaridad prolongada. De lo cual se sigue que la liturgia no se abrirá a la comprensión más que ante una perspectiva de “empatía”. La liturgia no se deja comprender más que por quienes creen en ella y por quienes la aman. Por eso permanece inaccesible e incomprensible fuera de la fe.

Además, la liturgia no es comprensible sino a un cierto nivel de repetición. No es sino gradualmente que las realidades profundas develan su pleno significado. De ahí el fenómeno del “ritual” en la liturgia: quien dice “ritual” dice “repetición”.

Muchos cambios introducidos en la liturgia han fracasado porque, a fin de hacerla más comprensible, ponían su atención en los aspectos inmediatos, cognitivos e informativos de la comprensión. Querían explicarlo todo, comentar, analizar. No favorecían el amansamiento de la liturgia. Y son sólo intervenciones quirúrgicas y medicinales –se abrevia, se reemplaza, se rechaza, se describe–, practicadas sobre una realidad agonizante; son una suerte de terapias paliativas que nunca llegan a sanar al enfermo. La única opción viable está en el orden del diálogo: permitir al tiempo litúrgico decir lo que tiene para decir; escuchar con atención sus armónicos y dar, a su sentido profundo, el tiempo necesario para explayarse. En lugar de buscar soluciones de reemplazo, permitir a la liturgia hablar por sí sola y exponer sus propias virtualidades.

9. Nuestra falsificada relación con la liturgia

El lado incomprensible de la liturgia no se debe tanto a la ininteligibilidad de sus grandes símbolos. De hecho, todos nosotros somos sensibles a la profunda fascinación que ejercen símbolos como el fuego, la luz, el agua, el pan, el vino, la imposición de las manos, la unción. Estos grandes símbolos –naturales– entran de inmediato en resonancia con los arquetipos de nuestro imaginario. Los símbolos secundarios, se sobreentiende, pueden crear más problemas. Pero, justamente, tienen menos importancia y el Vaticano II ha descartado un buen número de ellos.

En este problema de la comprensión, la desaparición del universo simbólico en el cual operan estos símbolos juega un rol muy importante. El símbolo litúrgico, arrancado de su contexto –tal un pescado fuera del agua–, pierde una gran parte de su vitalidad. Y la mejor prueba de esto la vemos en lo que podrían llamarse “situaciones contrarias”, en las que el universo simbólico sigue teniendo vigencia aun hoy. ¿Cómo es que algunas cortas expresiones latinas o algunos refranes gregorianos siguen funcionando en Taizé y no en las parroquias? Porque en la comunidad religiosa de Taizé, con su vida litúrgica monástica, están en su lugar. ¿Por qué los símbolos que acabamos de nombrar funcionan siempre en las abadías, en las iglesias de

los monasterios y en las comunidades carismáticas? ¡Por la misma razón! ¿Por qué un *Requiem* gregoriano funciona bien en los funerales? La comprensión litúrgica depende también de la presencia de un cierto número de elementos ambientales no litúrgicos. Es el conjunto de relaciones que mantenemos con la liturgia –incluso fuera de la celebración propiamente dicha– lo que crea otro tanto de posibilidades.

El carácter incomprensible de la liturgia no se debe sólo a la liturgia en sí misma sino que depende, en parte, también de nosotros. Es necesario trabajar sobre nuestra propia actitud. Debe ser examinada nuestra relación global con Dios, nuestra fe, nuestro estilo de vida, etc. ¿La liturgia, le da un sentido a estas dimensiones de nuestra vida o es un *corpus extraneum*? Debemos tener conciencia de que comprender la liturgia es algo mucho más que un ejercicio cognitivo; es necesario saber “entrar” en ella con amor. Por otra parte, nuestra visión, nuestra mirada contemplativa es débil. Desde del Renacimiento hemos perdido nuestra facultad de contemplación desinteresada, que se vio puesta a un lado en provecho de la observación analítica.

10. ¿Qué deberíamos hacer? ¿Qué podemos hacer?

A. Tema y variaciones

Está claro que “entrar en la estructura existente” de la liturgia no quiere decir excluir toda flexibilidad de nuestro estilo litúrgico. Bien lejos de estar prohibida, la creatividad, en realidad, es necesaria. Pero si no es la creatividad la que está cuestionada, ¿dónde está el problema?

El problema se debe a los límites de nuestra intervención. No se puede transformar y remodelar todo. Los cambios deben ser hechos con inteligencia. La liturgia contiene ciertos temas que, si bien no pueden ser cambiados, permanecen abiertos a una cierta variación. Algunas de estas huellas litúrgicas, claramente señaladas e inmutables, fueron determinadas por el mismo Cristo. En términos clásicos, se trata de la “sustancia” de los sacramentos, sobre la cual la Iglesia misma no tiene poder alguno. La liturgia sigue siendo la liturgia de Cristo.

También existen elementos litúrgicos de origen histórico que no se pueden cambiar. Ciertas formas de oración, algunas palabras, ciertas formas de hablar, como los textos de la Biblia, permanecen inmutables. Es posible que incluso el encadenamiento litúrgico de una lectura de la Escritura con una respuesta lírica (un salmo) y una oración, caiga dentro de esta categoría. Es algo más que un capricho de la liturgia; se trata de una verdad teológica profunda: Dios es el que habla primero y, después, viene nuestra reacción.

Para poder precisar los límites que marcan el tema de estas variaciones, es indispensable una formación litúrgica de empuje. La liturgia exige el conocimiento de la tradición y de la historia; en una palabra, el conocimiento de las fuentes. Antes de poder tomar un lugar en la tarea litúrgica, es necesario conocer el oficio. La liturgia exige, a la vez, instrucción e intuición, con una buena dosis de espiritualidad y de sentido pastoral. Posiblemente haya que buscar aquí la causa de la pobreza litúrgica que salta a la vista en tantos lugares del mundo. No es una falta de compromiso, de entrega o de imaginación; es una simple falta de competencia. En liturgia, no sirve para nada crear grupos de trabajo, si sus miembros no fueron formados para hacer este trabajo.

B. La duración de la celebración

Esto podrá parecer extraño a muchos, pero nuestras celebraciones litúrgicas son, generalmente, demasiado cortas. La liturgia, para liberar su tesoro, necesita tiempo. Ella nada tiene que ver con el tiempo físico o cronométrico, sino con el tiempo espiritual del alma. Así como la liturgia no surge del mundo de la información sino que pertenece al dominio del corazón, de la misma manera no sigue el tiempo "del reloj" sino el del "kairós"². Muchas de nuestras liturgias no ofrecen ni el tiempo ni el espacio para poder "entrar" en el acontecimiento. En este aspecto, la liturgia oriental nos da un buen ejemplo: se toma su tiempo e invita a los participantes a "dejar atrás todos los pre-

² *Kairói*: tiempo fuerte de los acontecimientos de la salvación. (Nota del Traductor).

ocupaciones de este mundo” (Himno de los querubines). No es suficiente que la gente haya escuchado la liturgia o que esta haya sido pronunciada. ¿Le fue “proclamada”? ¿Tuvo el pueblo la oportunidad de integrarse a ella? No basta haber escuchado la liturgia; nos es necesario también haberla aprehendido.

Aquí juegan un rol preponderante el silencio y el tiempo de interiorización. La liturgia del Vaticano II prevé momentos para el silencio pero, en la práctica, no se les da lugar. La ausencia de silencio transforma la liturgia en una sucesión ininterrumpida de palabras que no deja tiempo para la interiorización. Esta es también una de las razones que explican que la liturgia sea “incomprensible”.

C. Articular la palabra y el gesto

Uno de los principales *handicaps* de la liturgia –tal como es practicada *de facto* en Occidente–, es su “verbosidad”. La liturgia se convirtió, esencialmente, en un asunto de “lenguaje” y de discurso. La palabra, ignorada y descuidada por mucho tiempo, volvió con fuerza. ¿Cuántos celebrantes ven la homilía como el punto culminante de la liturgia y el barómetro de la celebración? ¿Cuántos tienen el sentimiento de que la celebración se terminó, más o menos, después de la liturgia de la Palabra? De hecho, se observa un marcado desequilibrio entre la duración de la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística.

Y, por otra parte, se le da demasiada importancia a un ingreso “intelectual” en la liturgia. No se le deja suficiente espacio a la imaginación, a lo afectivo, a la emoción y a una estética bien entendida. Esto trae como consecuencia que la liturgia comience a funcionar de un modo extremadamente intelectual y se vea impedida, así, de llegar a muchos de aquellos y aquellas que participan de ella, ya sea porque no son intelectuales, o porque no consideran que eso pueda nutrir su vida.

Una liturgia cuyo eje gire casi exclusivamente sobre el intelecto, no tenderá a hacer participar al cuerpo humano en la celebración. No es de extrañar que la gente termine por permanecer sentada durante casi toda la celebración: estar sentado es

la posición normal de un auditor. (Es de notar que la gente, en Norteamérica, está menos tiempo sentada).

Hay un gran desequilibrio entre la palabra y el gesto. Sin necesidad de introducir gestos retóricos o teatrales, se podría afirmar, sin embargo, que la lengua y el oído son, con frecuencia, los únicos órganos de los que la liturgia hace uso. Esta deja, entonces, de ser una celebración para no ser más que una instrucción y un discurso.

11. La utilización abusiva de la liturgia

Una de las consecuencias de la verbosidad de la que hemos hablado, es el riesgo de que la liturgia sea “utilizada” para fines que le son extraños. La liturgia es, sin embargo, una actividad simbólica global que surge del dominio lúdico. El “juego” es algo único en cuanto que “se juega por jugar”, por el placer de jugar. La competición y el interés financiero hacen morir el juego.

La liturgia también morirá si se la subordina a fines que le son extraños. La liturgia no es ni el momento ni el lugar para hacer catequesis. Tiene, por supuesto, un gran valor catequístico, pero no está allí para reemplazar los diferentes momentos de la catequesis que deben jalonar la vida de la mujer o del varón cristiano. Estos momentos deben llegar a su tiempo. La liturgia no debería tampoco servir para difundir información, por necesaria que pudiese ser. No debería ser obligada a servir de tribuna para dar a los participantes los avisos sobre tal o cual actividad, a menos que esta surja directamente de la liturgia misma. No se va a la misa, el día mundial de las misiones, para aprender algo sobre este o aquel territorio de misión. Uno va a participar de la liturgia para reflexionar sobre la forma de integrar a su vida la misión recibida de Cristo de “ir a todas las naciones”. La creación de toda suerte de “domingos y celebraciones temáticas” no tiene futuro, salvo el de acarrear la muerte de la liturgia como tal. Y la liturgia no está, ciertamente, para servir de “pre-calentamiento” para otra actividad, aunque se trate de una actividad de Iglesia. Una celebración no es una reunión de

militantes. Lo que no impide que se pueda salir de la liturgia con un sentimiento acrecentado de compromiso, de fe y de amor, que esclarezca e inspire su acción.

La liturgia es una actividad libre: tiene en sí misma su propio fin. Incluso, si bien es la fuente y el *summum de* todas las actividades de la Iglesia, la liturgia no puede ni reemplazarlas ni confundirse con ellas.

12. La pedagogía “sensorial” de la liturgia

El carácter único de la liturgia se debe a que el sitio de honor se lo otorga a la “experimentación”. La experimentación es lo primero y, si la reflexión, el análisis, la explicación y la sistematización pueden ser necesarias, deben sin embargo ser una continuación de la experimentación.

“Primero celebrar, después comprender”. Esta proposición podrá asombrar a algunos e, incluso, podrá parecer oscurantista y anti-intelectual. ¿Pero, acaso encubre un llamado a la irracionalidad o al abandono del gran esfuerzo catequístico de la Iglesia para preparar a la gente a fin de recibir los sacramentos? Piensen, por ejemplo, en el credo y en la confirmación.

Los Padres de la Iglesia tenían como principio que la catequesis mistagógica –en la que se muestra el núcleo más profundo de los santos misterios–, no debía hacerse sino después de acceder a los sacramentos de la iniciación. Antes del bautismo, se contentaban con dar una formación moral y enseñar el “estilo de vida” cristiano. Enseguida después del bautismo –durante la semana de Pascua– exponían el sentido profundo del bautismo, de la confirmación y de la Eucaristía. Su acercamiento pedagógico seguía siendo “sensorial”: de entrada participar, hacer la experiencia en el plano existencial, en el corazón de la comunidad, y sólo después, explicar. Todo su método de instrucción estaba construido alrededor de una serie de preguntas y de respuestas del estilo de: “¿Se dieron cuenta de que...?”. “Pues bien, eso significa que...”.

Tal vez no debamos seguir al pie de la letra este camino pedagógico –la *disciplina arcani* no le es extraña. Pero ciertamente nos ilumina sobre la dirección a tomar. No se puede comprender la liturgia si no se entra en ella mediante la fe y con amor. En ese sentido, ningún método catequístico podrá tener éxito a menos que se apoye en buenas celebraciones litúrgicas comunitarias. Y, recíprocamente, la catequesis misma no servirá de mucho, si el tiempo de la catequesis no incluye una praxis litúrgica.

Cuando se trata de liturgia, hay que atenerse a la regla siguiente: de entrada la experiencia, de entrada “vivir” la liturgia y, recién después, reflexionar y explicar. Los ojos del corazón deben abrirse antes que los ojos de la inteligencia, porque no se puede comprender verdaderamente la liturgia más que con la inteligencia del corazón.

Todo esto trae consecuencias para los equipos de liturgia. Quienes quieren trabajar en la liturgia y, como lo hemos dicho, “modular el tema dado”, deberán primero escuchar ese tema con atención y participar en la celebración de la liturgia en su estado actual. Faltando esto, todo su trabajo litúrgico no será más que un ejercicio de una “expresión de sí mismo”, en lugar de modelar una entidad ya constituida que tiene sus raíces en la tradición litúrgica del Antiguo y del Nuevo Testamento y en la tradición viva de la Iglesia. ¿Qué pensaríamos de un compositor que se negara a escuchar la música de sus predecesores, o de un pintor que rehusara visitar un museo? Un músico escucha música como un poeta lee poesía. Es el simple buen sentido, la sabiduría humana pero que se aplica perfectamente a la liturgia; liturgia que es, ante todo, la obra que Dios crea con su pueblo.

El liturgista digno de ese nombre comienza por escuchar, meditar, orar e interiorizar. Sólo después, él o ella pueden “modular”.

13. Ritual y aburrimiento

Las palabras “rito” y “ritual” evocan ya la idea de aburrimiento y de monotonía. “Es siempre la misma cosa...”, se escu-

cha decir. Ritual es sinónimo de rigidez y de esclerosis.

Pero, ¿es éste el caso? Es cierto que existe un apego exagerado a formas determinadas pero, en ese caso, se trata de ritualismo, de un ritual malsano. Es preciso admitir que todo lo bueno tiene su patología.

Lo ritual, sin embargo, es algo distinto al ritualismo. Lo ritual no tiene precio y es irremplazable. Tiene su lugar en toda actividad humana. Todo ser humano tiene su ritual por la mañana y por la noche, como toda sociedad tiene sus fiestas regulares que son celebradas de la misma manera año tras año.

Lo ritual es un dato antropológico inamovible. Toda realidad humana con algo de importancia está envuelta y protegida por lo ritual: el nacimiento, el matrimonio, el amor, la muerte. Cada paso está adornado y embellecido por lo ritual. Siempre que encontramos una realidad que trasciende a la persona humana, nosotros la "humanizamos" por medio de lo ritual.

Lo ritual tiene como particularidad ser repetitivo y estereotipado. A fin de poder profundizar las cosas serias, nosotros tenemos necesidad de estereotipos idénticos, de fórmulas ceremoniales aseguradoras que llamamos rituales. Este género de repetición, sin embargo, no entraña necesariamente una monotonía o el ahogo de toda forma de elementos más personales. Cada rito de casamiento, por ejemplo, es estereotipado: todo el mundo se casa de la misma manera, empleando las mismas palabras y poniendo los mismos gestos. Y, sin embargo, las personas en cuestión, de ninguna manera son despersonalizadas, ni son reducidas al estado de simples números en una fila. Cada matrimonio queda único, incluso si se desarrolla de la misma manera que cualquier otro. De hecho, es esencial, para cada pareja, poder tener su lugar en la fila con todos los otros matrimonios, por el sesgo del rito matrimonial establecido. De esta forma, la fragilidad de su compromiso personal toma una dimensión social y se encuentra, a sus ojos, protegida y garantizada. Lo mismo vale acerca del lenguaje del amor. Permanece indefinidamente el mismo y, sin embargo, cada vez que es pronunciado, evoca frescura y novedad.

Además, lo ritual repetitivo ofrece la ocasión para una re-

flexión y para una interiorización profundas. Las cuestiones serias –como la liturgia– no pueden ser tomadas instantáneamente, necesitan tiempo y, quien dice tiempo, dice repetición. Sólo la información pura, tal como una orden o un lenguaje informático, no exige repetición ya que puede ser comprendida inmediatamente. Las cosas más profundas no permiten emerger su significado verdadero sino con el tiempo.

Lo ritual, finalmente, ofrece una protección contra la experiencia religiosa directa, sin mediación. Sólo los grandes genios religiosos –como Moisés delante de la zarza ardiente– son capaces de tales experiencias; en lo que nos concierne, tenemos necesidad de la mediación protectora del rito y del efecto de desaceleración o de retardación engendrado por la repetición.

En efecto, lo ritual siempre estará asociado a una cierta monotonía y, posiblemente, a un cierto aburrimiento. Tal vez debamos tomar conciencia de ello, con toda simplicidad, y hacernos a esa idea, a condición de no perder de vista hasta qué punto puede ser indispensable este aspecto “aburrido” de lo ritual.

Hay otras reflexiones que también pueden ser útiles. Poniendo constantemente el acento en el lado “aburrido” de lo ritual, estamos manifestando hasta qué punto nuestra experiencia de la liturgia se hizo individualista. Lo ritual es, no obstante, necesario a fin de reunir a la comunidad y permitirle celebrar. Si hacemos de la liturgia la expresión más individualizada de la emoción más individual, eliminamos toda posibilidad de una celebración comunitaria. Si, por el contrario, entramos en la celebración eucarística sin una *ratio agendi* preestablecida, es porque queremos permitir a muchos celebrar al mismo ritmo. No puede haber allí comunidad sin ritual.

Debemos, además, recordar siempre que nosotros asistimos a la liturgia por una invitación de Dios. La liturgia no es una fiesta que nosotros organizamos en función de nuestras preferencias personales. Es la fiesta de Dios. Estamos allí presentes para responder a una invitación y no simplemente para satisfacer deseos personales.

Y mucho depende de la persona que preside. A él le toca dirigir un acto comunitario en nombre de Dios. Él es el vehículo viviente de algo que lo sobrepasa. Por lo tanto no es ni un robot ni un actor; es un servidor.

14. Los fundamentos cósmicos de la liturgia

Un aspecto importante de la liturgia, es su relación al cosmos. Muchos de sus símbolos, tales como el fuego, la luz, el agua, la comida, los gestos y las actitudes del cuerpo, provienen de las realidades cósmicas. Los tiempos y las estaciones, la posición del sol y de la luna, la noche y el día, el verano y el invierno, están todos en relación con la liturgia. En el acontecimiento litúrgico, todos los grandes arquetipos humanos tienen su lugar.

Pero, lo que importa, es que las realidades cósmicas en cuestión tienen la posibilidad de aparecer en su plena realidad como cosas creadas. La liturgia debe funcionar con cosas "reales". Si, en una cierta medida, todo es transformado por la cultura, la creación cultural no debe jamás disfrazar la naturaleza. El fuego debe ser verdadero fuego; las velas, velas verdaderas; las telas, verdaderos tejidos; la madera, madera verdadera. La hora del día debe ser respetada, especialmente para la celebración de la vigilia pascual. De esta manera la liturgia llega a ser, con frecuencia, la depositaria de la autenticidad de los objetos que nos rodean. Para servir a Dios no utilizamos sino las más hermosas de las cosas que Él ha creado. El lado práctico del confort debe ceder aquí su lugar a lo auténtico.

Es necesario destacar, sin embargo, que todos nuestros símbolos judíos y cristianos no son puramente cósmicos o naturales. Todos han sido determinados y condicionados por la historia de Dios con su pueblo. Incluso, si todas nuestras fiestas judeo-cristianas tienen un origen agrario, todas fueron condicionadas por los acontecimientos de la salvación, se sitúan en la historia y no son ya naturales; se remontan a un hecho histórico. La fiesta de la Pascua no es sólo agrícola; es también la celebración del éxodo de Egipto. *Shebuoth* no es más la fiesta de los primeros frutos sino la fiesta de la entrega de la Ley so-

bre el monte Sinaí. Para las fiestas cristianas, que son enteramente determinadas por la historicidad de los misterios de Cristo, la cosa es aún más clara. Ya no hay fiestas puramente naturales o cósmicas. El calendario litúrgico cristiano no es más un calendario puramente natural; está formado, más bien, por una serie de jornadas conmemorativas que celebran los acontecimientos históricos sucedidos entre Dios y su pueblo.

15. La liturgia y los sentidos

La liturgia está estrechamente ligada al cuerpo y a los sentidos. En efecto, no existe más que un solo simbolismo fundamental: el del cuerpo humano como expresión del alma humana y, por lo tanto, ocupando el primer lugar entre todos los símbolos. Todos los otros gestos simbólicos pueden situarse en la prolongación del cuerpo humano.

El ojo es el más activo de los sentidos. En la liturgia contemporánea, sin embargo, existe una tendencia a menoscarlo. Hay mucho para escuchar pero poco para ver. Hubo un tiempo en que era al revés. Hubo un tiempo en el que la dimensión verbal no era comprendida, en el que se ponía en primer plano la dimensión visual. Ciertos gestos litúrgicos secundarios, como la elevación del pan y del vino en la consagración, son una consecuencia de ello. Incluso el culto eucarístico fuera de la misa encuentra allí su fundamento. Ciertamente hay espacio para reevaluar el lado visual de nuestra liturgia, aunque esto no siempre quiere decir que haya que agregar nuevos efectos visuales. Siempre es mejor dejar obrar a los grandes símbolos. Por ejemplo el bautismo, ¿cómo puede simbolizar “la recepción en la Iglesia” si se realiza en un templo prácticamente vacío? (Una vez más, éste no es siempre el caso en Norteamérica). ¿Cómo el bautismo puede ser comprendido como un baño de inmersión si se lo reduce a una simple aspersion? ¿Cómo podemos hablar de “escuchar el mensaje” si todo el mundo, en lugar de escuchar, está sentado, con la cabeza encorvada, ocupado en leer los textos en su misal diario o en la hoja dominical? Los tres puntos de referencia de la celebración

–la sede de quien preside, el ambón y el altar– tienen, también, un fuerte significado visual.

La congregación es quien ocupa el lugar más importante en la liturgia cristiana y a justo título. La liturgia celebra la fe, y “la fe viene de la congregación”. En efecto, si los misterios que son celebrados echan todas sus raíces en sucesos históricos y son, así, celebraciones conmemorativas, la cosa debe ser puesta en evidencia. La historia es imposible sin el “relato”.

Muy importante es respetar los diferentes géneros: una lectura no es una oración, un himno no es un salmo, un canto no es un guión y una homilía no es una serie de anuncios.

Cada uno de estos géneros debe ser tratado como se merece en el plano auditivo. En otras palabras, queda claro que ni la retórica, ni la teatralidad, ni el *phatos* tienen un lugar en la liturgia. La persona que lee no está ahí para actuar sino para ser el humilde instrumento de una palabra que viene de muy lejos. El impacto exagerado de la personalidad individual del hombre o de la mujer que hace la lectura, puede matar la liturgia y eliminar sus armónicos.

Incluso tiene su importancia el lugar desde donde es proclamada la Escritura. Es mejor no leer desde el medio de la comunidad, porque la palabra nos viene de otra parte. La palabra es proclamada, no nace simplemente de la comunidad. También es preferible leer a partir del Evangelionario y desde un ambón, rodeado de símbolos que susciten respeto: velas, incienso, acólitos.

El tacto encuentra su expresión más profunda en la imposición de las manos y en la unción. Estos gestos se hallan entre los más físicos de la liturgia y pueden tener un impacto enorme sobre lo personal. La oración recitada en presencia de una persona enferma recibe un carácter totalmente diferente si se pone la mano sobre la persona o si se le hace una unción.

El sentido del olfato, para concluir, prácticamente no es solicitado en la liturgia. Nada se ha ganado relegando el incienso al dominio de lo superfluo y del estorbo. La Iglesia oriental es mucho más participativa en este aspecto. Un ejemplo particularmente absurdo es el santo crisma inodoro que empleamos para

sugerir a los nuevos confirmados “el buen olor de Cristo”. Aquí también, la Iglesia oriental está mucho más avanzada que nosotros –podría ser, incluso, que fuera demasiado lejos– ya que utiliza docenas de especias para confeccionar el santo crisma.

16. La “inculturación”

El problema de la “inculturación” es un fenómeno reciente. Fue tratado en un notable documento de la Sagrada Congregación para los Sacramentos y el Culto divino, publicado en 1994 (DC 1994, n. 2093, p. 435-446. NdlR)³.

No podemos discutir aquí todos los aspectos de este problema. Pero el principio es claro. Si la liturgia brota de la encarnación, es indispensable que sea inculturada en las diferentes culturas de la humanidad. Esto es evidente. La liturgia debe ser inculturada o, mejor, la liturgia quedará inculturada si es vivida por la gente de todas las culturas, en la fe y en el amor de Cristo.

Pero existen límites. La liturgia no tiene como única función estructurar la religiosidad humana; la liturgia informa los misterios cristianos. Estos misterios fueron desarrollándose en la historia, en un lugar y en un tiempo particulares y vinculados con ritos y símbolos particulares. La “Última cena” no fue una comida religiosa cualquiera; fue la comida que el Señor comió con sus discípulos la víspera del día en que sufrió. De esto se sigue que todas las celebraciones eucarísticas deben ser reconocibles, lo que supone referencias y conexiones formales. No existe una comida religiosa cultural que sea equivalente a la Cena de Cristo. En este sentido, nunca será posible la “inculturación” completa de la Eucaristía.

La liturgia no es solamente un don que brota de la encarnación; ella pertenece también al orden de la salvación. Como tal tiene una influencia salvadora, salvífica, sobre las culturas de la humanidad. No cualquier práctica religiosa o

³ El Autor se refiere a la comunicación *Inculturation et Liturgie* del cardenal Antonio M. Javierre Ortas, publicada por la *Congregatio de Cultu Divino et Disciplina Sacramentorum* en la revista *Notitiae*, Vol. 30 (1994), Nº 11, pp. 608-625 (*Nota del Traductor*).

“litúrgica” popular puede servir de “vehículo” a la liturgia cristiana. Existen niveles de incompatibilidad y hay oraciones y prácticas que sencillamente no conviene emplear en la liturgia cristiana. El “discernimiento” aquí no será siempre fácil.

La inculturación no se realiza tanto en la mesa de trabajo del liturgista cuanto en la práctica misma de la liturgia. No es un asunto de refinamiento burocrático sino, más bien, de discernimiento leal, fiel, que se hace en la celebración misma. Sólo después de una larga y profunda inmersión en la verdadera liturgia, acompañada de un profundo deseo de Cristo, veremos emerger, lentamente pero con seguridad, una liturgia inculturada. Así fue como la liturgia judía se hizo griega, y la liturgia griega se hizo romana, y la liturgia germana y la anglosajona acrecentaron y completaron la liturgia romana... y así una tras otra. Este trabajo de inculturación siempre fue el fruto del pensamiento y de la acción de algunos grandes personajes de la Iglesia así como de la sensibilidad, de la paciencia y del discernimiento en la fe, de diversos pueblos del mundo.

Para un trabajo de inculturación, ¿es necesario tener en cuenta inclusive el lenguaje? La cuestión permanece abierta. Aun no fue zanjada y merecería un tratamiento aparte —y mucho más profundizado— de lo que aquí se puede hacer. De hecho seguimos preguntándonos si hacemos bien obrando un cambio cultural radical, y si ese cambio tiene o no consecuencias religiosas. Me parece que se trata aquí de un problema antropológico cuya importancia no afecta tan sólo los textos bíblicos y litúrgicos, sino también el uso del lenguaje como tal y todo el dominio de la convivencia entre los hombres y las mujeres.

17. La liturgia y la vida

Mucho se ha discutido, durante estos últimos años, acerca del carácter exótico de la liturgia y acerca de la distancia que la aleja de la vida cotidiana de los cristianos. Es verdad que una liturgia que no impacte o que no tenga consecuencias sobre la razón de vivir de los cristianos erra el blanco. Si, como enseña el papa León Magno, los misterios cristianos suceden en la li-

turgia, también es verdad que la liturgia debe transitar la vida moral y espiritual de los cristianos. *Imitamini quod tractatis* – “Pongan en práctica lo que ustedes hace en la liturgia”– proclama el antiguo texto de la liturgia de la ordenación.

Algunos se han permitido concluir, de este axioma, que la liturgia no es tan importante como nuestra vida de todos los días o que, a lo más, sirve de preparación, de “precalentamiento” para la vida misma, una suerte de opción facultativa para quienes la necesitan pero superflua para los demás. Otros han sugerido que hay una coincidencia entre la liturgia y la vida, y que el verdadero servicio de Dios se hace fuera de la Iglesia, en lo cotidiano.

Pero, entre la vida y la liturgia, no existen coincidencias; la liturgia mantiene, más bien, una relación dialéctica con la vida. El domingo no es el lunes, y recíprocamente.

Además de la profundidad y de la importancia del contenido de la liturgia, que es una fuente indispensable de gracia y de energía para la vida, debemos también recordar que el rito dominical viene a romper la monotonía, a diferenciar y a articular el tiempo humano. La liturgia no es la vida, y la vida no es la liturgia. Las dos son irreductibles y las dos son necesarias. Y no coinciden.

Se dice, de vez en cuando, que la liturgia informa la vida, que ella simboliza la vida. Esto no es completamente falso. Lo que hacemos durante la semana lo hacemos también en la liturgia, de otra forma, de una manera diluida, pero de una manera más concentrada y purificada: vivimos para Dios y para los demás. La liturgia, sin embargo, no es sino una simbolización de la vida humana. La liturgia simboliza y hace presente, ante todo, los misterios de la salvación, las palabras y los gestos de Cristo, pero también nuestros propios gestos en la medida en que son reflejados, purificados y rescatados en Cristo. Sus misterios –que nos son hechos presentes en la liturgia– son nuestros arquetipos. Esta determinación cristológica de nuestra vida en la liturgia, es esencial.

Por otra parte, es una realidad que la liturgia encuentra su campo de aplicación en la vida cotidiana. La liturgia se inclina sobre la vida y la alimenta pero no coincide con ella, a

menos que se conforme con esta. La vida y la liturgia tienen una relación dialéctica, una respecto de la otra; la vida cristiana se funda en dos cosas: *cultus* y *caritas*.

Traducción: Alberto Azzolini